

LUIS F. LÓPEZ GONZÁLEZ¹

NOCHE EN VELA

Se acercaba la medianoche, y su madre permanecía recargada en la cabecera de la cama con la luz encendida. Su padre, en cambio, roncaba tan fuerte que el sonido resonaba por encima de la torrencial lluvia que caía sobre el tejado. La mujer leía la Biblia en voz alta para engañar el tiempo. La dejó sobre el buró de la cama, y comenzó a rezar con tanto fervor que nunca se había sentido tan cerca de Dios. Entonces tuvo la certeza de que algo le había pasado a su hijo porque nunca llegaba a casa después de las diez. Sacudió el hombro de su marido. Despiértate Alberto que Gerardo no llega. ¿Qué pasó, mujer? Gerardito no ha llegado, y ya es medianoche. Se habrá entretenido tomando con los amigos, mujer. Gerardo no toma, tú. Vamos a buscarlo a la plaza. ¿En medio de esta tormenta? En medio del diluvio si fuera necesario, respondió ella. Aquí andan los Cruces, y estoy con el corazón en la mano y el Jesús en la boca. Espérate otro ratito, y si no llega vamos por él. La mujer se quedó callada pero intranquila. El marido, en cambio, cayó roncando a la cama. Mientras esperaba, intentaba recordar otros días que hubiera llegado tarde. No pudo recordar ninguno.

¹ Profesor de literatura, escritor y crítico. Obtuvo su doctorado en filología hispánica de la Universidad de Harvard en el año 2017, y es actualmente profesor de literatura medieval en Vanderbilt University. Ha publicado varios artículos en revistas especializadas como *MLN*, *Hispanic Review*, *Romance Philology*, *Bulletin of Hispanic Studies*, entre otras, y actualmente está concluyendo su primer libro sobre la intersección entre medicina y literatura en textos del pre-Renacimiento.

Con sus diecisiete cumplidos, Gerardo era romántico y melancólico. Tenía una novia con la que platicaba hasta las nueve de la noche casi todos los días. Además de afable y tierno, Gerardo era poeta. Pasaba noches enteras escribiendo poemas de amor para Alba, fuente de inspiración, devoción y desvelo. Aparte de poesía, ya había escrito algunas cántigas religiosas que coreaban en todas las misas del pueblo.

Su madre colocó la Biblia abierta sobre su regazo, y miró el reloj por enésima vez. Además de ir perdiendo la forma y la consistencia, parecía que las manillas se habían detenido. Hasta los grillos de la noche habían dejado de cricrear. La manilla saltó la frontera del otro día. Por encima de los ronquidos de su marido, escuchaba los truenos de la lluvia que entraban ondulantes por las rendijas de las tejas. Logró sacudirse la preocupación por su hijo al recordar que no había lavado las botas del trabajo de su marido, pero ya era tarde para hacerlo, y se sentía cansada después de tres horas en la cama sin poder pegar un ojo. Cerró la Biblia. La colocó sobre el buró, y zarandeó a su marido. Él despertó en medio de un ronquido estridente. No llega Gerardito, tú. Ya voy, santa mujer, contestó con sobriedad, sentándose en la cama. ¿Dónde está la ropa? Se rascó los ojos con las manos callosas de ordeñar. Donde te la quitaste, tú, respondió ella poniéndose de pie. De pronto escucharon que la puerta de la calle se abrió y se cerró con sigilo para no despertar a nadie en la casa. El corazón se le encendió. ¿Ya llegaste, Gerardo? Ya llegué mamá, contestó él con un susurro que entró como soplo de viento por el aluminio de la puerta. Ya ves, vieja, ¿qué te dije? Se entretuvo un rato con los amigos, la apremió su marido, y volvió a quedar dormido. Ya acuéstate a dormir, hijo, lo exhortó, y quítate la ropa mojada para que no te resfríes. Sí, ya me voy a acostar, mamá. Ándale pues, hijo, buenas noches. Buenas noches, mamá. Ya sin preocupación, su madre durmió un plácido sueño hasta que la despertaron los cantos de las cigarras.

Al día siguiente, Gerardo se levantó de madrugada para ordeñar las vacas antes de ir a cortar alfalfa. Entró a la cocina estirando el cuerpo como gato. Su madre lo recibió con un beso en la frente. Qué ingrato, hijo, su tono era amoroso pero contundente, qué susto nos sacaste anoche. Su padre comía chilaquiles con requesón fresco y unas gordas recién torteadas. ¿Por qué, mamá?, Gerardo clavó los ojos de verde oliva en el humo que se desprendía del comal. Que ¿por qué, hijo? Ya era de madrugada cuando llegaste anoche. No, mamá,

contestó él confundido. Tomó un plato, y lo llenó de comida. ¿Cómo que no, Gerardo? Ayer no salí en toda la noche. Estaba lloviendo, y me quedé escribiendo en el cuarto, y me quedé dormido antes de las nueve. Su padre lo miró. ¿Verdad tú que estuvimos esperando hasta la madrugada? Él asintió, bostezando, con la boca llena de tortilla. En eso entraron Rodrigo y Jazmín. ¿Adónde fui anoche, Rodri? ¿Salí en toda la noche? No, contestó Rodrigo. Cuando yo entré al cuarto, él ya estaba roncando. Es cierto mamá, confirmó Jazmín; yo entré a coger una toalla para el baño, y él estaba dormido en una libreta; yo lo cobijé porque estaba frío. Seguros de que sus hijos jamás mentían, los padres se miraron de reojo, y continuaron comiendo y echando tortillas.

